

SOBRE ÁNGEL DAMIÁN

“Basta que yo vea una cosa para saber cómo unírmele y alcanzarla”

M. Merleau-Ponty

En un país que cuida y reconoce poco a sus artistas plásticos, vale recordar a Ángel Damián, por su pintura y por su humanismo.

Había nacido en Montevideo el 2 de agosto de 1922. Al principio fueron los años de aprendizaje, de formación (1944/50) en la Escuela Nacional de Bellas Artes al lado de Miguel Ángel Pareja. Después fue el viaje a Europa, ya que obtuvo en 1958 la Beca Carlos María Herrera otorgada por la ENBA entre sus egresados. Entre medio una de sus “plazas” fue premiada en el XIV Salón Nacional. Al regreso de Europa expuso con el grupo “La Cantera”, integrado fundamentalmente por alumnos del taller Pareja, al cual se vinculó por un tiempo. Y después, ya aislado de grupos y maestros, trabajó en solitario hasta su muerte ocurrida el 16 de agosto de 1974. Hizo exposiciones individuales y colectivas, en el Uruguay y en el exterior. No muchas; pasaban años sin que se conociera lo que estaba haciendo.

Damián fue lúcido para intuir la esencia de las cosas. Su pintura es un acto de nombrar. Y nombrar es poseer la realidad, atacar la intimidad de las cosa, descubrir el lugar que permite el acceso. Se despliega en su pintura todo el mundo de la cotidianidad: la casa, la ducha, el perro, la planta, la mujer, el hombre, la gallina, la ventana, la mesa, la botella, el sol, la luna. “A través de mi trabajo y de mis vivencias se me ha hecho evidente la unidad profunda que existe en todo: trato de ponerla de manifiesto en mi trabajo”, dirá Damián.

Su obra transmite un universo poético que se expresa a través de la abstracción y de una figuración lúdica. Es una pintura frontal, plana, estilizada, signica, y con una fuerte impronta del dibujo. Usa una línea limpia y color plano. Las relaciones de tamaño, distancia y posición están al servicio de una mayor expresividad y de la verdad esencial de lo que se quiere “presentar”. Su pintura plantea una síntesis, un esquema de la realidad, que es como decir que dibuja las nervaduras del ser.

Damián reivindica el asombro cuando reclama: “Deshacerse cada día para nacer de nuevo”. A pesar de su prematura muerte testimonió el goce de la vida (desde lo simple, lo cotidiano, lo aparentemente sencillo) en una pintura de gozosa vitalidad.

Beatriz Gulla

